

Más allá de las regulaciones. Historia cotidiana de las subjetividades sociales.

Beyond regulations. Quotidian history of social subjectivities.

**July Chaneton, Florencia Gasparin,
Ariel Sánchez y Nayla Vacarezza.**

Instituto de Investigaciones Gino Germani,
Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
julychaneton@fibertel.com.ar
florenciagasparin@gmail.com
arielfs@gmail.com
nayla.luz@gmail.com

SÍNTESIS

El texto pone a consideración una perspectiva conceptual y analítica del discurso social de género y sexualidad, a partir de un recorrido por distintos contextos de análisis. En particular, se ha buscado localizar y describir procedimientos dominantes de individualización, al tiempo que se ha puesto de relieve la insistente presencia de líneas de subjetivación que desafían las normas establecidas, por medio de la creación de lo nuevo.

ABSTRACT

The text offers a conceptual and analytic perspective on gender and sexuality social discourse. Focus has been established in locate and describe dominant individualization procedures, as well as the persistence of subjectivation lines that challenge normativity by means of novelty creation.

Palabras clave: discurso social, subjetividad, género, sexualidad
Keywords: social discourse, subjectivity, gender, sexuality

Puede ser que en primera instancia se piense el poder como una fuerza ejercida desde una exterioridad que impacta sobre algo pre-existente que es el sujeto. Pero en el planteo de Michel Foucault el poder es algo que justamente da forma, que constituye al sujeto y, en ese sentido, el poder ya no se piensa como algo exterior que se nos opone sino, algo de lo que dependemos, que crea las condiciones de

nuestra existencia. Un enlace conceptual de este tipo es –en lo que hoy es ya una tradición teórica– el territorio donde cabe localizar la presente contribución, centrada en el examen de las formas instituidas y los desplazamientos que las subjetividades sociales asumen en el *medium* de la política de género y sexualidad.

El/la lector/a se encuentra aquí ante un texto compuesto por cuatro subtextos, cada uno de los cuales consiste en un fragmento de análisis y elaboración conceptual proveniente de investigaciones particulares que integran un mismo proyecto académico amplio dedicado al estudio de las formas de subjetivación en la sociedad argentina contemporánea¹. Dichos subtextos comparten además la característica de emplear la entrevista como instrumento de investigación. Así, en cada uno de los sucesivos apartados que se presentan a continuación, las palabras de quienes son entrevistados/as ofrecen a la actividad crítica significados referidos a la violencia de hacerse varón, a lo que pasa al contar una violación, a la impronta de la iniciación sexual y a la desnaturalización del propio género.

La noción de formas de subjetivación es, como se sabe, de relevancia en el último trayecto de la producción de Foucault. El concepto envuelto en el término define una paradoja para la relación entre el poder y la subjetividad, en la medida en que “subjetivación” se refiere a un devenir sujeto que siempre es a la vez, devenir dependiente (“hacerse sujeto” al tiempo que “estar sujetado a”). Estatuto ontológico que J. Butler califica como “siempre fatalmente incierto”. Esta autora, precisamente, en una histórica intervención, relanzó la conceptualización de la noción de género al someter a discusión el sujeto presupuesto por las teorías feministas clásicas (Butler 1998, 2002, 2007). Según su planteo no es posible postular un sujeto humano anterior a sus prácticas, las cuales deben entenderse en términos de “actos constitutivos”. Ella elaboró la cuestión convergente del estatuto corpóreo y generizado de los sujetos cuando subrayó que estos se hacen socialmente inteligibles en y a través de los cuerpos, mediante una repetitiva puesta en acto de la normativa binaria, jerarquizada y oposicional de género.

En el recorrido de análisis que aquí se propone, los procesos sociales de subjetivación son concebidos como un tipo de producción forzosa que, sin embargo, no es completamente determinante. Esto debido a que las normas pueden ser resignificadas y desplazadas en

el curso mismo de su reiteración, en contextos sociales e históricos particulares. En este sentido, la analítica del discurso social que se presenta a continuación, expone los diversos modos en los que se abre el juego político de la deconstrucción de los guiones sociales dominantes del género y la sexualidad. Se ponen de relieve los mecanismos de exclusión y repudio, y al mismo tiempo se muestra la creación de lo nuevo en el desafío a la continuidad normativa naturalizada entre sexo, género y deseo.

En lo referente a la modalidad de acercamiento al problema de una micropolítica del cambio, de cara a las entrevistas consideradas como textos sociales, la narrativa crítica es, como se verá, por momentos muy próxima –a veces en términos de una descripción densa– pero también elaborando reflexivamente los hallazgos desde cierta distancia.

La serie ofrece a la lectura distintas variantes e intensidades de la relación agónica entre resistencia y sujeción a la norma, en la que se debate la producción histórica de las subjetividades. Respecto al ordenamiento elegido para los subtextos, se parte de analizar las instancias más oscuras por invisibilizadas de las fuerzas clasificatorias de género y sexualidad, para alcanzar, en el tramo final, la expresión de un tipo de prácticas que escapan a la regulación, con efectos emancipatorios.

“Juegos de varones”, en el comienzo del recorrido, muestra la obligatoriedad del procedimiento de individualización como varón heterosexual “macho”, pero también indica que el proceso de su producción es arduo, y necesita de una constante puesta en acto y vigilancia que lo expone. Luego, “Los riesgos de contar y el coraje de sanar” toma en consideración el estigma de la violación, que fija a la mujer afectada en el rol de víctima pasiva y siempre padeciente. Un mecanismo del poder individualizante rechazado de maneras impensadas en el acto del contar. El siguiente apartado, “Ver/se con más luz” refiere el desplazamiento del punto de vista que produce una mujer cuando, en el curso de una entrevista, advierte las dimensión del poder que se escondía en el recuerdo de su iniciación sexual. La serie culmina con nuevos interrogantes: en “Saber del propio género” las entrevistas con mujeres *trans* pueden llevar a quien investiga, a colocarse en una posición en la cual, su propio modo de presentar y experimentar el género es examinado.

Juegos de varones

La historia de fijación y negación, de hacer y deshacer “círculos” que delimitan el “ser masculino”, puede ser rastreada en el relato de los propios varones que la han ejecutado, pero también sufrido. Agustín, de 30 años, uno de los varones entrevistados, ante la pregunta de cómo se ha hecho varón dice:

Como que lo hice en grupo, muy en el barrio, éramos un grupo de chicos, en el que no había chicas, y nada, no había chicas, había *mucho código varón*, mucho fútbol, mucho de *juegos entre chicos sin chicas*.

Es ahí, en esos “juegos entre chicos sin chicas”, donde los nacidos con pene se hacen varones, adquiriendo el “código varón”. Podemos pensar ese código como un conjunto de normas que establecen reglas y valores y, al mismo tiempo, como un lenguaje secreto, una forma de acceso a un mundo al que sólo ingresan algunos sujetos, en este caso, “los verdaderos varones”, éstos que pueden entenderlo, aceptarlo, descifrarlo y, por ello, practicarlo. Sin embargo, en tanto juegos, estos códigos no son estáticos: sus límites cambian, se desplazan y vuelven a hacerse.

El mismo entrevistado agrega:

Yo creo que *los que no encajaban, los hacíamos encajar*, pobres ¿no? De chico por ahí no me pasó o no lo llego a recordar. Pero siento que los hacíamos encajar. Siempre hay alguno que no le gustaba el fútbol, por ejemplo, *se lo hacíamos gustar* o, pobre, lo hacía a desgano. Pero como *que tenía que ser parte del círculo*.

“Los que no encajaban, los hacíamos encajar”, dice Agustín. Pero, ¿cómo se hace encajar a alguien que no encaja? Sólo a fuerza de negar la diferencia y la multiplicidad. En el procedimiento violento de “hacer encajar” o “hacer gustar” lo que se niega es el deseo ajeno y, al mismo tiempo, la evidencia de que esa obligación de “ser parte del círculo” implica procedimientos ficcionales.

Ser masculino sin duda es ser parte de una fraternidad guerrera. De un círculo cuyos límites deben ser marcados y revisados constan-

temente. La producción de subjetividad masculina es, primordialmente, una operación de definición y exclusión de la otredad. Hacerse varón heterosexual “macho” implica, a la vez, fijar una norma y crear una frontera. Esta operación tranquiliza, empuja hacia un afuera virtual a los cuerpos, los gestos y las prácticas que atentan contra la estabilidad identitaria. Dicho procedimiento tiene como motor fundamental el miedo a la pérdida del reconocimiento por parte del grupo fraternal.

Tal como es planteado por diferentes estudios de masculinidad, el afuera del “círculo” incluiría a mujeres y homosexuales (Kimmel, 1997; Connell, 1997; Fuller, 1997; Abarca Paniagua, 2000). En nuestro caso, pensaremos el afuera más bien vinculado a prácticas corporales, gestos y “haceres” orientados a mostrarse como “activo”, como un sujeto que detenta poder. En este sentido, el término más adecuado para nombrar ese afuera es “maricón”. Ya que éste puede ser tanto un heterosexual como un homosexual, y se caracteriza por rasgos asociados a lo femenino: debilidad, sensibilidad, “gestos de mujer”, pasividad.

En este proceso de “encajar” o “ser encajado”, no hay lugar para la debilidad, la impotencia o simplemente la duda. Lo que hace varones “machos” es la negación de los “devenires femeninos”, que van desde la expresión de cierta angustia hasta la negación o la imposibilidad de tener sexo con una mujer:

Si yo decía no se me paró una noche, estaba re borracho, drogado... ¡no! No se contaba eso. Siempre decía ¡espectacular! (...) En esa época era todo entre varones, no te podías *dar el lujo de tener problemas*. Todos teníamos que ser perfectos machos que garchábamos minas.

Admitir que no se puede lograr una erección implica mostrarse débil frente a sus amigos, su grupo, justamente ante quienes debe exhibirse una sexualidad siempre activa. Es importante reparar cómo en la situación de la entrevista, fuera del grupo que presiona, el entrevistado se siente cómodo para dejar entrever que quizás alguna vez le ha pasado eso de “no poder”.

Hacerse varón heterosexual “macho” implica, fundamentalmente, un arduo esfuerzo de aplicación de las prácticas que demuestren la

potencia y la actividad como rol primordial de la masculinidad. “No darse el lujo” implica que no se puede descansar en el trabajoso proceso de “ser macho”. El descanso es, entonces, un lujo o una licencia en el proceso de producción de la masculinidad normalizada que busca ubicarse siempre a buena distancia del “afuera maricón”.

Los riesgos del contar y el coraje de sanar

Carla tiene 30 años, vive en Argentina, pero nació y vivió hasta no hace mucho tiempo en un país del norte de América del Sur. Con tono enérgico, ella emprende el relato de lo que convoca la entrevista: la violación que padeció cuando tenía 17 años.

No muy avanzado el diálogo, describe su reacción al levantarse a la mañana siguiente del día en que ocurriera la agresión:

Y al día siguiente, cuando por fin me levanto y veo que ¡todavía! no ha llegado nadie, agarro una silla de plástico, así [levanta los brazos en gesto de levantar una silla], y la parto contra el piso, así, tang, tang [agita los brazos como si golpeará la silla contra el piso]. Y fue mi primera reacción orgánica con respecto a eso, quería destruir algo, ¿entiendes?, quería romper algo que no fuese yo, justamente eso. Exteriorizarlo y alejarlo de mí, y creo que esa fue la única manera de sanar. Exteriorizarlo, contárselo a bueno, primero a mi hermana, luego a mi mamá, luego a mi hermano. Y bueno, todo un proceso, ¿entiendes?, lo que es decirles a mis padres...

“Creo que esa fue la única manera de sanar”, dice, refiriéndose al acto de exteriorizar lo que le había sucedido. El enunciado constata los efectos de la acción, que no se reducen a la destrucción de un objeto de uso doméstico, sino que exceden (física, espacial y temporalmente) ese resultado. Es la experiencia y el cuerpo de Carla lo que en ese acto se descompone para componerse de una manera diferente. Al romper la silla, franquea los límites corporales y desquicia la forma que la violación podría imponer a su cuerpo: deshace su cuerpo como algo “roto”. En ese gesto de ira, rechaza que la violación se instale como una herida interior y saca la violencia padecida del eje del sí misma en el que ésta parecía poder instalarse. Ella lo describe como su “primera reacción orgánica”, lo que le permite comenzar a “sanar”, recuperarse de la violencia padecida. Y, como destaca la

sintaxis de su relato, éste constituyó el inicio de un arduo trabajo subjetivo que se continuó en otros actos: “Exteriorizarlo, contárselo a...”.

Si romper la silla fue resultado del coraje, en su sentido de ira, rabia, violencia materializada en la destrucción del objeto, contar lo acontecido también requirió coraje. Pero ahora en el sentido de valentía, valor, decisión, esfuerzo de ánimo. Ella lo expresa en la continuación discursiva: “Y bueno, todo un proceso, ¿entiendes?, lo que es decirles a mis padres...”. La expresión “lo que es” dimensiona el trabajo subjetivo implicado en la acción. No se trataba simplemente de poner en común una anécdota o un suceso, sino que, en la narración, se veía afectada ella misma y quienes la escuchaban. De lo que se trataba era de decir una verdad que movilizaba múltiples sentidos sociales y ponía en juego la manera de entenderse a sí misma, a la propia experiencia y al propio cuerpo.

En otro momento, Carla describe qué era lo que arriesgaba al nombrarse a sí misma como alguien que sufrió una violación:

En mi caso es así, yo siento, bueno, que a veces sentía pena² de esa situación, de estar como vulnerada, o... es como que tú ves a las personas, a las mujeres, pasar por la calle y hay una que lleva una letra escarlata: “violada”, ¿entiendes? Es como la letra escarlata de..., como si fueras una puta, porque te sientes en ese..., en ese, en ese punto de que no es voluntario lo que pasó ¿me entiendes?

Contar su experiencia la exponía a una particular combinación entre culpabilización y victimización. Un movimiento simultáneo hacia direcciones diferentes que, según ella misma describe, la marcan con la vergüenza en el mismo momento en que se utiliza la palabra “violación” para nombrar la violencia padecida. Como un mecanismo que se enciende, las narrativas victimizadoras-culpabilizadoras se activan en las palabras utilizadas para nombrar lo acontecido: “vulnerada”, “violada”, “puta” son tres maneras de nombrar que en este relato designan un mismo estigma. Tal como ella lo enuncia –recuperando una metáfora propuesta por de Lauretis (1996,19)–, éstas parecen adherirse al cuerpo “como un vestido de seda mojado”.

Pero el mecanismo no funciona a la perfección, ya que, al mismo tiempo, la narración crea el margen, el espacio para desarticularlo. En la misma enunciación, los términos son reubicados en el *sitio* que

ella considera que le corresponden: “en ese punto de que no es voluntario lo que pasó”. En el relato, las narrativas dominantes resultan aceptadas y desafiadas, repetidas y transformadas. Es así que, en la riesgosa tarea de contar, se inaugura, cada vez, la posibilidad de resignificar la violencia padecida.

Ver/se con más luz

Si es cierto que imponen la obligación de responder, en tanto actos de habla, las preguntas en la entrevista de investigación sociocultural no necesariamente obligan a responder en un sentido único, siendo innegable que también posibilitan distintos grados de apertura, dentro de un espectro no menor de direcciones, aspectos y orientaciones de sentido posibles. Un ejemplo de ello puede constatarse en el fragmento inicial de la entrevista que vamos a considerar aquí, en donde con la libertad que le presta la memoria asociativa, la testimoniante escapa de la pregunta puntual relativa a la práctica de un aborto en su adolescencia –la cual no responde sino hasta mucho más adelante durante el intercambio– yendo, en cambio, en el inicio, a un tiempo anterior, más allá por más atrás del momento del aborto (turnos 1 y 2). Un rodeo que la narradora justifica en la medida en que “habla” y “ve”, en el contexto del intercambio conversacional:

- *Me contaste que tuviste una experiencia de aborto hace muchos años. ¿Cómo fue esta experiencia? ¿Cuándo pasó?*

- Tenía 17 años yo... era muy nena y él era mi novio, mi primer novio... tenía 10 años más que yo y... en fin, una distancia generacional importante... *Y ahora pienso que* mi iniciación sexual hubiera sido distinta si hubiera sido con alguien de mi edad, si hubiera tenido una experiencia de iniciación sexual con alguien más par. Porque esa diferencia hizo que él me hiciera mucho a mí, que tuviera mucha influencia en cómo yo me relacionaba sexualmente. Yo estaba enamorada... me sentía querida, él también... *Ahora lo veo* desde esta edad... [...] Me imagino que hubiera sido más parejo, como de aprender juntos. En cambio, acá había alguien que enseñaba y alguien que aprendía³.

Mientras el dispositivo de la entrevista, por medio de la posición entrevistadora se define porque “hace hablar”, en el sentido de que

la pregunta cómo acto de habla “obliga a responder”, por su parte, la entrevistada / narradora, posicionada en el presente de la enunciación, “hace ver/se” (“Ahora lo veo...”), en la medida en que en el “ahora” que hace posible la entrevista se ve a sí misma como adolescente, y en ello “hace ver” a la entrevistadora y a un auditorio no presencial. Así, podemos decir que el relato del suceso del aborto vivido en la adolescencia se verá encauzado por el ángulo de visión abierto por la enunciativa, en los términos de la relación (amorosa y también a la vez, política) establecida entre ella y “él”, su novio en aquel comienzo, que ella nombra ajustadamente como “iniciación sexual”.

Respecto a la vinculación entre el narrar y el ver, se ha sostenido que por definición el discurso narrativo no puede escapar al necesario punto de vista y “narrar una historia siempre implica asumir una perspectiva que otorgue sentido a los hechos” (Klein, 2007, 58-59) por lo que el/la narrador/a no puede sino posicionarse desde cierto ángulo visual. Así, se puede concluir que “la perspectiva es la apariencia que asume la realidad para el sujeto observador” y que “ésta cambia si varía la situación del observador” (*op. cit.*: 58-59). Precisamente, el punto de vista adoptado por nuestra narradora / entrevistada establece desde el inicio de la conversación una línea lógico argumentativa de causalidad en el marco de su relato –sin que hubiera mediado otra cosa más que una instantánea asociación psíquica–, de donde comenzará a desovillarse, sin quererlo, un nuevo hilo micropolítico (“alguien que enseñaba y alguien que aprendía”) de esta historia subjetiva, el cual corre entramado con la historia de un aborto.

El paseo por el propio biotiempos continúa su deriva en la entrevista hasta llegar a una encrucijada, en donde se interrumpe abruptamente: la narradora confirma que ha visto algo que antes no veía. Promediando la entrevista, se localiza un punto de giro del relato, lugar en el que se inicia un nuevo período discursivo, por medio de la conjunción causal “porque”:

...es un tema muy importante... *porque* de esa niña a la otra que estaba parada en el barrio de Once creo que era [localización de la intervención del aborto], que era muy adulta para practicar la sexualidad porque él me había enseñado todo lo que me tenía que

enseñar *para satisfacer su deseo, para él, para mí no*, porque nunca me enseñó lo que era un orgasmo...

Hacia el final, lo que se escucha es una especie de precipitado del dar cuenta de sí, un devenir consciente que lleva a interrogar el lugar del propio deseo en la iniciación sexual de una mujer. Desde el fondo de las palabras que narran, de pronto se ha visto emerger la posibilidad de un enlace de sentido imprevisto. Una instancia de la historia propia se presenta ahora como algo nuevo y verdadero para la enunciativa / narradora : así fue como habían sido finalmente las cosas.

Saber del propio género

Durante las primeras conversaciones informales mantenidas apenas iniciada una investigación, algunas de las travestis, transgéneros y transexuales con las que se tomó contacto se dirigieron a la investigadora en tono de broma diciendo: "...vos que sos una concha". Así es como ellas habitualmente se refieren a la posición generizada de una feminidad que no es *trans*, aquella cuyo "sexo" se corresponde coherentemente con su "género". Se trata de una forma profundamente irreverente de nombrar la posición generizada de la investigadora porque la reduce con crudeza a la cifra última de todos sus privilegios: el haber nacido con un tipo de genitalidad que habilita ser socializada y comprendida como "mujer" y, por lo tanto, como una feminidad legítima.

Ser nombrada de esa forma causó cierta desorientación en la investigadora, pero también puso en marcha un aprendizaje acerca de sí misma y un desplazamiento en la orientación de las búsquedas de la investigación. Ya no se trataría únicamente de preguntar por las experiencias de las mujeres *trans*, sino que también se hizo necesario conocer más acerca del estilo corporal generizado de quien investiga y del modo en que es percibido y conocido desde una perspectiva *trans*.

El siguiente segmento de una entrevista con Miranda –una mujer *trans* de 24 años que trabaja como actriz– se inicia con la intervención de la investigadora y permite continuar la reflexión en curso:

- Quizás por tu profesión, me parece que vos tenés muy claro cuáles son los gestos femeninos...
- Más que por mi profesión... me parece que no va tanto por ahí (...) antes de entrar a la compañía de teatro lo que me destacaban mucho era que mis gestos eran muy de concha...
- ¿Y cuáles son los gestos de concha? Yo quiero saber cómo son mis gestos porque imaginate que de hacerlos toda la vida, yo no me doy cuenta...

En el proceso de la conversación ambas ponen en movimiento una nueva forma de comprender el género en la cual los gestos son un elemento central. Pero éstos no son considerados únicamente como una inscripción forzosa de las convenciones sociales en el cuerpo sino que también se los entiende como un vector de comunicación e interacción social que puede convertirse en objeto de reflexión crítica y experimentación. Tal es el camino que ambas emprenden cuando la entrevistadora solicita la ayuda de su interlocutora para reconocer en sí misma los gestos inadvertidos de su propia feminidad. A lo cual Miranda responde de esta forma:

- Por ejemplo, ahora cuando estabas hablando tenés un gesto muy característico, ¿no? Vos me estabas hablando y estabas haciendo así con la cabeza y el cuello para los costados [estira levemente el cuello hacia un lado y balancea suavemente hacia adelante y atrás la cabeza cuando habla] Eso... ¡es re de concha! [risas de ambas] (...) una concha es así como yo te marco, son pequeñas cosas que cuando las sumás te dan un todo (...) Por ejemplo, el hacer así sutilmente [cierra brevemente los ojos mientras se toca el pelo y lo acomoda detrás de la oreja]... eso yo lo hago todo el tiempo.

Para hacer entendibles los gestos de quien pregunta, Miranda crea figuras que son dichas y al mismo tiempo mostradas corporalmente. Ella sostiene que determinados movimientos del cuerpo al hablar son “re de concha”, una afirmación que parece tener sentido para ambas participantes pero que al mismo tiempo ocasiona risas que sacuden el sinsentido de las verdades que asocian a los gestos con un origen vinculado al “sexo”. La verdad del género que se construye en este intercambio no reside en un único atributo corporal sino, como dice Miranda, “en pequeñas cosas que cuando las sumás

te dan un todo". No se trata de descubrir una interioridad, ni una clave oculta, sino de aprender a prestar atención los movimientos incesantes y sutiles que le dan una forma visible y generizada al cuerpo. Este desplazamiento en las formas de percibir y comprender el género puede ocasionar el hallazgo de coincidencias entre dos posiciones que se suponen diametralmente diferentes (mujer *trans* - mujer no *trans*): así es como Miranda, al mostrar y decir los gestos de la entrevistadora, encuentra que son los mismos que ella hace "todo el tiempo".

Las conversaciones y el tiempo compartido con mujeres *trans* han ocasionado nuevas orientaciones para una indagación que no modifica únicamente sus objetivos y sus objetos sino que se pliega y vuelve sobre sí para interrogar al sujeto que conoce. Algo asimilable a lo que M. Foucault llama "saber", por oposición al "conocimiento" donde los objetos se multiplican mientras el sujeto que indaga se mantiene fijo (Trombadori, 2010, 47). La pregunta acerca de la posición generizada de quien investiga posibilita un proceso de extrañamiento que invita a no dar por sentadas las diferencias y también a conocer las propias gesticulaciones mediante un trabajo que sería imposible sin el contacto con las interlocutoras *trans*, quienes son al mismo tiempo guías y causantes de este desplazamiento.

Se ha partido de considerar la persistencia de procedimientos individualizadores como son los propios de la producción y validación de una "masculinidad normal" en el encuentro con otros varones vigilantes de las fronteras que separan del "afuera maricón". El gesto de destruir con ira una silla ha hecho visible la manera en que se puede resistir a que la violación se instale como "una herida interior vergonzante", lo cual habilita el "comenzar a sanar y a recuperarse de la violencia padecida". En el "paseo por su propio biotempo", una narradora percibe algo que antes no veía, un nuevo hilo de su historia subjetiva del que va a tirar hasta llegar a hacerse la pregunta por el lugar de su deseo. Por último, en el curso de una conversación entre una mujer *trans* y una que no lo es, se intercambian figuras y estilos femeninos que son dichos y al mismo tiempo mostrados corporalmente. Percibir y comprender el género, de eso se trata finalmente, pero ahora como saber de sí.

Más allá de los hallazgos particulares, en su conjunto, la serie de análisis que se ha presentado trae aparejada la promesa de nuevas

formas de vinculación ética con otros, sus experiencias y sus palabras. Nos preguntamos, ¿qué significa contar(lo) por parte de quienes transitaron distintas experiencias de género y sexualidad en los testimonios recogidos? No se trata sólo de pensar cómo ir al encuentro de esos relatos, sino, sobre todo, del hecho de encontrarnos, cada vez, con aquello que se pone en movimiento al narrar: los efectos subjetivos del acto de contar.

Notas

1. "Prácticas emancipatorias y gobierno de la individualización en la Argentina actual", Programación científica UBACyT 2010-2012, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, IIGG. Dir.: July Chaneton.
2. Tal como es usada en Centroamérica y El Caribe, la palabra "pena" significa no sólo aflicción y dolor, sino también vergüenza. Cfr. Diccionario de la RAE, on line.
3. Entrevista con E. realizada por Lucía Isturiz en el marco de la investigación "La experiencia del aborto voluntario en el relato de mujeres y varones", Dir.: July Chaneton, Universidad de Buenos Aires, UBACyT, 2006-2009.

Bibliografía

- Abarca Paniagua, Humberto. "Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad" en Gogna, Mónica (ed.) *Feminidades y masculinidades: estudios sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 2000: 193-244.
- Butler, Judith. "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista." *Debate Feminista* Nº18, 1998: 296-314.
- , *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- , *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Connell, Robert. "La organización social de la masculinidad" en Valdes, Teresa y José Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: ISIS Internacional, 1997: 31-48.
- de Lauretis, Teresa. "La tecnología del género". *Revista Mora* Nº2, 1996: 6-34.
- Diccionario de la Real Academia Española. <http://www.rae.es/rae.html>
- Fuller, Norma. "La Constitución Social de la Identidad de Género entre Varones Urbanos de Perú." en Valdes, Teresa y José Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Santiago de Chile: ISIS Internacional, 1997: 139-152.
- Kimmel, Michael. "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina" en Valdes, Teresa y José Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: ISIS Internacional, 1997:49-62
- Klein, Irene. *La narración*. Buenos Aires: Eudeba, Enciclopedia Semiológica, 2007.
- Trombadori, Duccio. *Conversaciones con Foucault. Pensamientos, obras, omisiones del último maitre-a-penser*. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.